

terraba la coyunda de las instituciones históricas. Las grandes damas, movidas por la elocuencia de Rousseau al amor de la libertad y á la lactancia de sus hijos, preguntaban si era verdad que el pacto social se iba á escribir á sus ojos por un pueblo joven, y en el seno immaculado de una tierra virgen. Los nobles, cuyos ascendientes habían oido la voz de los ermitaños, oían la voz de los filósofos, y, en lugar de embarcarse para libertar la tumba donde estaba encerrado el Cristo de la Edad Media, embarcábanse, dejando su familia y sus castillos, para defender la cuna de aquella democracia que iba de un soplo á destruir todos sus privilegios y á borrar todos sus blasones. Un cuákero humildísimo, hijo de trabajadores, y de trabajadores padre; con clavos en sus zapatos y no hebillas, con traje de paño burdo, y no de brocados lucentes, con el bastón de los jornaleros empuñado como un cetro; sin coleta á la espalda y sin polvos en los cabellos ni encajes al pecho; austero como la virtud, sencillo como la verdad, franco como la honradez, lleno de sentido común como el pueblo; después de haber agotado todos los medios de conciliación con Inglaterra, venía á Francia para demandar auxilio en el combate, y se presentaba ante ella con el rayo de los cielos vibrando en sus manos, y los reyes de la tierra humillados á sus plantas; héroe de la ciencia y de la política, revelador de la sociedad y de la naturaleza, personificación sublime de esa trinidad deslumbradora: de la libertad de la democracia y de la república. No había remedio: la aparición de América en Europa, al madurar la revolución, era tan transcendental, como la aparición de América en Europa al madurar el Renacimiento. El mundo entero creyó en el triunfo definitivo del derecho sobre la fuerza, y en la superioridad de las instituciones democráticas sobre las instituciones antiguas. Lord Chatam, seguido de una corte de nobles ingleses, entraba en el Parlamento, con la desesperación del vencido en el alma y la agonía de la muerte en el pecho, para anunciar la inminencia del peligro y la aparición de la democracia; muriendo á los pocos días en grande tristeza, como Juliano, al ver la ruina de sus preclaros dioses y la victoria de los humildes galileos.



## CAPÍTULO DÉCIMO-QUINTO

### El primer ciudadano.

DESCONOCERÍA por completo la Revolución francesa quien desconociese á uno de sus factores primeros, al célebre Beaumarchais, que llena con su personalidad el escenario todo en el período, cuyas fases ahora vamos describiendo. Así que decimos tal nombre, las gentes imaginan encontrarse con un literato más ó menos célebre, cuya principal calidad es un estro cómico mayor ó menor en extensión y en intensidad. *El Barbero de Sevilla*, inmortalizado por la música, en que lo bordara Rossini, así como *El Matrimonio de Figaro*, célebre por el combustible que arrojara en el incendio de la revolución, aparecen eclipsando las demás obras del autor, y haciendo poner en olvido los progresos que su flexible y vario genio nos grangeó en materias tan graves y transcendentales, como la recta indispensable administración de justicia. Creía la generalidad de que ha pintado en Figaro su persona, imaginan á Beaumarchais pervertido en costumbres, fácil á las más contrarias emociones, dominado por el afán de divertirse y holgarse con todo y con todos; dispuesto á meterse donde no le llaman; intrigante, cabalista, soplón, chismosísimo; un zurcidor de voluntades como aquellos antiguos que nos describiera Cervantes en sus novelas; especie de culto esbirro, tan apto para urdir una intriga en los regios alcázares, como para imitar un motín en los clubs revolucionarios. Todos se acuerdan de su origen humilde, contrastando la vanidad personal suya; y de sus oficios manuales abandonados por empleos lucrativos; y de sus viajes misteriosos; y de sus cargos adquiridos á dinero; y del drama que urdió en Madrid

con ocasión del engaño de su hermana por un gentil hombre; y de las embajadas oficiosas en las cortes europeas, vendiendo secretos ó comprando libelistas; y de sus mañas para obtener la representación de comedias incendiarias; y de sus pleitos escandalosos; y de sus procesos criminales; y de sus cohechos y de sus malversaciones; pero no se acuerdan de que sacó nuestro espíritu moderno del estercolero de tales podredumbres amontonadas en nuestra personalidad moral: bienes que nunca podrán agradecerse bastante, como del montón de estiércoles aglomerados al pie de un árbol, sacan la lluvia y la luz del cielo jugos purísimos, los cuales forman sabias campestres, de cuya virtud se avivan y se aroman las flores y las frutas. Será todo cuanto quieran sus más implacables críticos, Beaumarchais. Añádidle un vicio más sobre los pintados por tantos enemigos como tuvo, á su nombre y á su memoria; sobre las aventuras históricas poned otras inventadas; que seduzca en este punto á la mujer de un amigo, y que mate allá más lejos á un rival cualquiera de sus amores; no creais honrado ninguno de sus móviles, ni limpio ninguno de sus negocios; pero estad seguros ahora, que ha desaparecido él, tras tanto tiempo, y con él cuantos males de él recibieran mil personas, estad seguros de que no puede olvidar el agradecimiento de la humanidad todo aquello que hiciera por la fundación en los Estados-Unidos de la República; por el aniquilamiento de los juicios inquisitoriales; por el castigo de los jueces prevaricadores; por el principio de igualdad llevado en sus áticos diálogos desde las cabañas á los palacios; por la conversión del sentido común humano contra los privilegios; por el juicio público y oral en sus comienzos; por el llamamiento de la opinión á entender en las causas y en los litigios particulares; por la formación de un gran jurado nutrido de la conciencia pública; por que la justicia no fuese un misterio y los jueces unos inquisidores; por tantos y tan múltiples progresos conseguidos en favor de la humanidad y de sus irrefragables é inextinguibles derechos.

Pero narraremos su historia brevemente, de la cual extraeráse bien el secreto de su ministerio político y el motor de su numen propio. Había nacido al mediar del siglo pasado, cuando concluía el período de los apostolados filosóficos y empezaba el período de las fuerzas revolucionarias. Así no era un hombre de idea tanto como un hombre de acción. Su ingenio alado, no profundo, y su temperamento flexible, le destinaban á lo que hizo, á llevar el principio revolucionario hasta las últimas capas sociales, y á libertar, defendiendo su persona y su peculio, contra la justicia histórica y los jueces reales, del privilegio antiguo al ciudadano moderno. Treinta y dos años tenía su siglo cuando nació él. Á la mitad precisamente de aquella grande arteria, que se dilata desde la Magdalena hasta la Bastilla, existen puerta grande y torcida calle, á las cuales damos este nombre, puerta y calle de San Dionisio. En tal espacio vino al mundo Beaumarchais. Nuestro Diccionario no admite la palabra Boulevard por creerla completamente francesa. Y lo es. Pero han hecho los franceses del Boulevard un sitio con tan poderoso influjo sobre nuestra Europa entera, que

no puede prescindirse de trasladar su nombre á las lenguas europeas, si deseamos entendernos y que nos entiendan en mil diversas materias. Dicese que es la espina dorsal esa calle del Viejo Continente. Y con toda la universalidad suya, huele su aire al terruño como cualquier particularismo cercado. Los franceses llaman *boulevardier* á quien posee la clase de ingenio poseído y ostentado por el gracioso y ligero Beaumarchais. Así distinguen los caracteres peculiarísimos al Boulevard de los caracteres peculiarísimos á París entero. Por ejemplo, si Voltaire á París entero perteneció por su manera de pensar y decir, perteneció al boulevard Beaumarchais. Aquel conocimiento de las personas y de las hechos; aquellos caudales de noticias; la crítica aguda, el equívoco pronto, el comentario fácil; nada de ahondar; picaduras dadas al vuelo entre zumbidos unísonos y armoniosos; pocos rencores y mucha propensión al olvido de las ofensas, si los juicios de que uno es víctima, tienen gracia; tales poco más ó menos son las cualidades reconocidas en aquellos que como Beaumarchais, después de haber nacido en París, hacen del Boulevard centro de su vida y como raíz de su alma. Tras de haber nacido y criádose Beaumarchais en el boulevard, que le sugería grandísimo deseo de subir y de hombrearse con todos aquellos que veía pasar entre nubes de gloria y con los atributos del poder, tuvo por oficio uno mecánico de cierta libertad para el estudio y de cierta disciplina para el espíritu, tuvo el oficio de relojero. ¡Caso bien extraño! Rousseau, que llevó la revolución al sentimiento de los niños y de las mujeres, fué hijo de relojero. Beaumarchais, que llevó la revolución al sentido común del pueblo francés, fué hijo de relojero también. Pero así como desde su niñez despertó interés en las familias que lo circuían, y desde su mocedad en el boulevard que frecuentaba, desde los comienzos de su oficio, comenzó á distinguirse mucho en mecánica, inventando resortes que perfeccionaron los relojes y que le sirvieron para ir fundando una reputación, merced á la cual empezó por imponerse á sus compañeros y concluyó por imponerse á sus conciudadanos. Después del oficio de relojero escogió, como complemento, el recreo de arpista. Y, así como perfeccionó en su oficio de relojero los resortes del reloj, perfeccionó en su oficio de músico las clavijas del arpa. Conociendo que, mientras tuviera oficios mecánicos, nadie le haría caso en la corte, y que mientras no le hicieran caso en la corte, no llegaría ni á la influencia ni al renombre, compró un título de nobleza. En aquella compra-venta de cargos y dignidades proveniente del apuro eterno en las cajas públicas, nada tan fácil como ennoblecer el nombre á cambio de vaciar el bolsillo. Casado el relojero, el hábil arpista con una mujer, que tenía cierta propiedad, llamada Beaumarchais, bajo tal nombre ocultó el apellido de su padre, que era Caron, y debió parecerle poco eufónico. Bien lo había menester; pues á medida que los plebeyos entraban en los palacios, se erguían los nobles, y no les daban el gusto y el derecho de conversar con sus blasonadas personas, sino á cambio de humillarlos con el recuerdo de la distancia entre sus orígenes, ya que no había

distancia entre sus costumbres. Así, como le preguntara un patricio al buen escritor dónde tenía los títulos de nobleza, respondióle que en los recibos del dinero con que le compara. Y como le mostrase otro un reloj, diciéndole que lo compusiera, estrelló el objeto precioso contra la tierra, respondiéndole: «de niño y de plebeyo solía componer relojes; mas ahora que soy machucho y noble, únicamente sé descomponerlos». Muy entrometido, aunque sin género alguno de impertinencias; muy cuidadoso de su persona, dotada de una grande prestancia; comunicativo, sin que por eso tomara familiaridad con los que se comunicaba; pobre, y, por lo mismo, lleno de apuros; necesitando apelar á mil cábalas y enjuagues para flotar un poco; gustando más andar en carroza que tener en las Academias puesto; complaciente con los que lo necesitaban ó necesitaba él, y burlón hasta la saña y la crueldad con los que le combatían; puso por obra tal género de intrigas y echó al Palacio Real tales diestras escalas, que llegó á representar un gran papel en la Tertulia de los chismes cortesanos por excelencia, en el cuarto de las tías del Rey, conspiradoras eternas contra la Reina, é influyentes con soberano influjo en la política. Pero, por mucha influencia que alcanzara, por mucho ingenio que tuviera; no obstante los atractivos de una conversación mundana y literaria en que chispeaba su ingenio soberano; por lo mismo que había salido de tan bajo y encaramándose tan arriba; comprendió que no andaría mucho camino si no allegaba mucho dinero; y después de haber llamado á la puerta de los príncipes, llamó á la puerta de los traficantes, movido por esa creencia: que los honores adquiridos no podían guardarse, y los por adquirir, no podían conseguirse sino echándose un lastre y un áncora de oro, que suplieran suficientemente con luises los no heredados blasones. Y con ese husmeo de galgo, con ese atisbo de lince, con ese instinto soberano de aventurero por herencia ó por nacimiento, propúse hallar un rico en quien apoyar su fortuna, y lo encontró, porque hasta tenerlo no se cansó de requerirlo y de buscarle.

Bien pronto, como buen cazador, cogió su presa. Llamábase Vernay el banquero que le dió la llave de oro indispensable al ingreso en la riqueza. Vernay había montado una especie de militar escuela para los nobles, con suma industria de su parte y sumo deseo de ganancia. Lo que llamamos ahora en lengua medio yankée, reclamo, es un achaque de todas las sociedades y de todos los tiempos. Éralo por ende allí en París entonces; y nada tan propio para los reclamos como esta especie de funámbulo, á quien muchos creían bufón predilecto en el cuarto de las princesas. El banquero necesitaba que la corte fuese á ver su escuela y Beaumarchais le satisfizo esta necesidad. Desde tal fecha privó con el capitalista. Y explotando esta privanza, le pidió en sus negocios parte. Y desde tal participación tuvo dinero á mano. En cuanto se vió con dinero, empezó á gallear cual no había galleado antes nunca. Lo primero que hizo fué penetrar entre bastidores en un teatro; y lo segundo, disputarle al duque de Chaulnes cierta célebre actriz, con lo cual promovió uno de esos escándalos que tanto gustan y honran tanto entre los maleantes y los perdidos. Luego, para entrar

más y más en la Corte, se compró un título, que daba, si no provechos, influjos; el título de cazador en los cotos reales. A nadie menos que á nosotros, los españoles, puede maravillarse títulos de tal género, cuando nos quedan varios, como sombras de la vieja monarquía histórica. No son otra cosa que cazadores honorarios los monteros reales. Y sabido es que tienen el privilegio los antiguos monteros de Espinosa, en las muertes y enterramientos regios, de guardar el real cadáver. Nada menos que á Sancho García se levanta el origen de tamaña tradición. Este cargo ejercido por el buen Beaumarchais llevaba de suyo aparejados deberes y oficios judiciales, y no hay más que fijarse un poco, para convencerse del por qué de tan extraña dignidad. Había por las cargas de prados y bosques litigios frecuentes, había por los merodeadores en regios cazadores, jurisdicciones y atributos, en estas cortesanas dignidades, de jurados. Así los hombres de progreso tenían sus intereses en el mundo de la corte, y sus ideas en el mundo de la filosofía. Para vivir estaban en su mayor parte con lo presente; para pensar, estaban en su mayor parte con lo porvenir, Beaumarchais á mandíbulas batientes se reía de los cargos palatinos, de los títulos feudales, de las monterías honorarias, del uniforme abigarrado, de las veneras multicolores, de los empingorotados con quienes tenía el infeliz que habérselas, y en fin, de todo cuanto le rodeaba, por habitar en espíritu la ciudad ideal de su pensamiento y de su conciencia, que brotaba de una filosofía progresiva y se dirigía con verdadera reflexión al bien de la humanidad entera; pero había de vivir, y para vivir, había de conformarse con lo presente, y con las imposiciones que lo presente dictaba sin remedio, no á su corazón, pero sí á su estómago.

Mas la obra capital de Beaumarchais fué su guerra con la vieja magistratura monárquica. Abolida por una conjuración palaciega máquina tan vieja y torpe como el antiguo Parlamento, sustituyéronla unos magistrados, quienes, al poco tiempo de su nombramiento, apenas entrados en ejercicio, se atrajeron sobre sus cabezas mayor impopularidad que la sufrida por sus seculares y desvencijados antecesores. Todo el mundo estaba contra la innovación y los innovadores; mas nadie se atrevía, ni con el instituto nuevo, ni con su gente. Se atrevió Beaumarchais. Habíanle pedido cuentas los herederos del capitalista Vernay, exigiéndole, como reversible á la caja de su testamentaria, crecidas cantidades. Con efecto, lo mismo para las plazas adquiridas que para las industrias inventadas, el buen Beaumarchais había recurrido al bolsillo de su protector y héchose su consocio. Y con ese descuido en materias económicas peculiar á quien lleva muchas cosas de frente, no había el aventurero cuidado de puntualizar su cuentas en la debida forma. De aquí un pleito, del pleito mil incidentes. Y entre los incidentes nada tan curioso como el armado al magistrado Guzman y á su mujer, pidiéndoles y reclamándoles veinticinco luises que les habiáregalado de más, con otros ciento para inclinar la justicia en su pro y favor. No fué, no, el magistrado quien recibiera el dinero; fué su mujer. Y de aquí mayor escándalo. Beaumarchais